

LA TÉCNICA INHUMANA

Vengo de Barruelo de Santullán, un pueblo minero del norte de Palencia, lleno, por un lado, de polvo de carbón, y por el otro, rebosante de bellos paisajes montañosos, uniendo ambos aspectos en extraña amalgama.

Di allí una conferencia sobre «El Evangelio y el régimen de propiedad». Algunos inquietos sacerdotes y unos cuantos mineros, también inquietos —alguno de ellos no creyente—, me pidieron ir.

Al llegar —y en contraste con el paisaje pacificador— me impresionó un acontecimiento al que allí están ya curtidos: un minero de treinta y un años fallecía de silicosis al tiempo de mi venida.

Esta vida dura y llena de contrastes humanos e inhumanos me trajo al ánimo el recuerdo de un testimonio que recogí hace tres años de unos mineros de Asturias, militantes obreros católicos. Su amplio sentido humano era el que les llevaba a inquietarse por estos temas abiertamente cristianos que algunos piensan que sólo son comprendidos por las personas de otros medios sociales más desarrollados. El hombre sincero, se encuentre donde se encuentre, entiende bien estas palabras de apertura humana y religiosa cuando les presentamos una religión ciertamente más humana y más abierta: lo que no comprende son las abstrusas disquisiciones clericales que se suministran muchas veces.

El minero —allí lo vi—, y en contra de la imagen corriente que circula de él, es humano, profundamente humano. Y diría más: necesita ser más humano que los otros, encerrado como se encuentra durante el día entre estrechas paredes, picando rudamente con un calor asfixiante y expuesto siempre al triple peligro de un desprendimiento, una explosión o una mortal enfermedad como es la silicosis. Su naturaleza humana le ha prestado ese suplemento de alma que Bergson —hace medio siglo— pedía a gritos para nuestra civilización técnica ahogada en el mecanismo esclavizador.

A la memoria me venía también la drástica postura de Maetzu —nuestro noble aunque apasionado pensador de derechas— pidiendo menos técnica y menos dosis de comodidad física, porque —creía él— esta técnica y esta comodidad nos iban automatizando y deshumanizando poco a poco. Su solución era tajante: si eran peligrosas para el hombre, había que suprimirlas.

Algo parecido propugnaba el perspicaz pero extraño filósofo Spengler —el moderno biólogo de la historia— ante el desfrenado de la máquina: «La mecanización del mundo —decía— ha entrado en un estadio de peligrosísima tensión...; dentro de pocos decenios habrán desaparecido las grandes selvas, convertidas en papel de periódico, y se producirán cambios de clima que amenacen la agricultura de poblaciones enteras; innumerables especies animales se extinguen casi por completo... y razas humanas desaparecen: todo lo orgánico sucumbe a la creciente organización» (O. Spengler, *El hombre y la técnica*).

Una especie de monstruo, que es la máquina, va devorando —según él— todo lo vital y personal: «La descomposición —dice— se anuncia por todas partes, la máquina anula su finalidad por su número y refinamiento. El automóvil en las grandes ciudades ha anulado por su masa el efecto que quería conseguir, y se llega a los sitios más de prisa a pie» (O. Spengler, o. c.).

Visión acertada, si la hay, y, por ello, el hombre «comienza a hartarse de la técnica; el cansancio se propaga y produce una especie de pacifismo en la lucha contra la naturaleza... Se siente el atractivo de formas vitales más sencillas, más próximas a la naturaleza. Los jóvenes se dedican al deporte en vez de dedicarse a los ensayos técnicos, se aspira a sacudir el yugo de las actividades sin alma, a eludir la esclavitud de la máquina, a disipar la clara y fría atmósfera de la organización técnica... y empieza a resucitar el ocultismo, el espiritismo y las filosofías indias» (O. Spengler, o. c.).

El «hippismo» actual, con sus ritos espontáneos, su ocio y su desprecio de la civilización técnica, es una muestra de la reacción que el maquinismo ha producido en buena parte de la juventud contemporánea. Esta huye hacia la expresión espontánea, y sin cortapisas, de sí mismo, liberándose con ella del artificio preionante de nuestra civilización de gran ciudad con sus avasallantes medios de influencia.

Pero mi visión del mundo minero de Barruelo me hacía reaccionar de distinta manera que estos evasionistas contemporáneos como son los hippies o los seguidores fervientes de las misteriosas filosofías orientales.

Y, como nuestro Ortega y Gasset, pasaba por encima de la visión demasiado inmediata de Spengler vislumbrando y propugnando en mi interior otro porvenir más constructivo al igual que lo previó y defendió nuestro pensador hispano.

La técnica —pensaba él y pensamos muchos con él— es mala cuando es poca técnica, cuando sólo estrenamos sus primicias, como ahora ocurre en el mundo. Pero no será así cuando lleguemos a ese horizonte —que está más allá del inmediato porvenir— de una sociedad distinta y socialmente humana como la vislumbraron los grandes sociólogos científicos del siglo pasado, o los grandes socialistas cristianos de otros tiempos, como Santo Tomás Moro o el dominico Campanella. En esa sociedad futura la técnica se habrá desarrollado tanto y estará tan autodominaada que se pondrá al servicio del hombre y del ideal social humano.

Entonces es cuando «el hombre empieza», porque entonces es cuando de verdad «empieza la técnica». La razón es sencilla, como dice Ortega con palabras quizá de otros tiempos, pero con ideas muy actuales: «La holgura, menor o mayor que ésta (la técnica), le abre en la naturaleza, es el alvéolo donde puede alojar (el hombre) su excéntrico ser. El sentido y la causa de la técnica están fuera de ella: (porque están) en el empleo que da el hombre a sus energías vacantes, liberadas por aquélla. La misión inicial de la técnica es ésta: dar franquía al hombre para poder vacar a ser sí mismo» (J. Ortega y Gasset, *Meditación de la técnica*).

El hombre tiene necesidad de inventar, pero no de inventar únicamente máquinas, sino de inventar artefactos técnicos cada vez más perfeccionados, para luego poder inventar su propia vida. El hombre es, ante todo, imaginación viva que debe usar para llegar a la felicidad, utilizando medios, espacio y tiempo para construirse una vida que sea más satisfactoria para él.

Y, sin una desarrollada civilización técnica, la vida se quedará sólo para aquellos pocos que sepan y puedan superar sus limitaciones ambientales como hicieron los antiguos sabios griegos, los yoguis de ayer y de hoy o los modernos seguidores del profundo budismo zen.

Tenemos que llegar a alcanzar los resultados de estas corrientes de sabiduría humana utilizando los medios técnicos y sin que esta técnica esclavice a muchos hombres, como ocurre hoy día.

Esa es nuestra difícil pero necesaria misión: no que se liberen unos pocos, sino que todos se liberen, y no sólo materialmente, sino espiritualmente. Y para eso hemos de servirnos de la máquina.

Muchos mineros de Barruelo saben ser, en plena crisis económica, como estos sabios sacrificados de otros tiempos, pero no es esa la solución. Lo que hace falta es aplicar los módulos científicos al problema humano de este pueblo minero, y, mediante un estudio imparcial, empezar por lo primero, o sea, clarificar la situación saliendo del atasco de interpretaciones en que se encuentra este tipo de lugares.

Forzando la técnica y la ciencia es como se dirimirá imparcialmente la cuestión de si la coyuntura tiene la culpa de esta curva descendente, o el poco rendimiento económico de este tipo de minas, o el fracaso de la corta visión de los problemas que posee el individualismo capitalista.

Lo que resulta verdad es que si hay problema —y problema evidentemente lo hay— será por defecto de técnica y de estudio científico de los problemas económicos y humanos, para darles más amplias y más drásticas soluciones a favor del hombre y no en perjuicio de él.

Es preciso que echemos a un lado los romanticismos en contra de la técnica, como los propugnados por Maetzu o Spengler. Lo que se necesita es utilizar al máximo esta técnica para el hombre. Y nunca ser dirigida ésta por el egoísmo del poderoso ni por el paternalismo insatisfactorio del hombre de buena voluntad. Lo que hace falta es crear en el futuro, en Occidente, una sociedad como la quería, de abiertamente social, un cristiano como Santo Tomás Moro hace ya cuatro siglos.

MIRET MAGDALENA